

EL MINISTRO QUE DIÓ EL MAL PASO

EN la noche del viernes 14, la película "Monstruos de piedra", en el marco del ciclo "Teatro de terror" fue desventajosamente postergada para dar lugar a la intervención del señor ministro del Interior, quien enfrentó a la ciudadanía mediante la lectura de un texto escrito, procedimiento que eligió, según sus palabras, para no dejarse llevar por el apasionamiento. A pesar de esa lealtad muestra de prudencia, la imagen que dio el doctor De Brum, al hablar (y así lo señaló especialmente) en nombre del Ejecutivo, fue sencillamente lamentable. Es por cierto un paso en falso del enemigo, pero ni siquiera en ese carácter proporciona satisfacción. Después de todo, el señor ministro mostró el rostro de un gobierno que (diferencias aparte) es el gobierno del país; como simple ciudadano uruguayo, uno se podía menos que sentir inevitable vergüenza frente a la penosa imagen de un señor que daba imponentes pañuelos sobre la mesa, nada más que porque el Poder Legislativo no le había llevado el apunte en relación con uno de sus diarios proyectos de exorcismo.

Los discursos y las declaraciones del doctor De Brum suelen tener la característica de que se anuncian como grandes tormentas pero quedan en chubascos aislados. Esta vez, sin embargo, el señor ministro cometió, a mi entender, dos errores de órdago que no pueden dejar de señalarse.

El primero (es tan obvio que parece ocioso mencionarlo) fue dar vía libre oficial a un movimiento como la Juventud Uruguaya de Pie, que, hasta el momento, si bien había desatado la violencia en Secundaria, por lo menos aparecía a la luz pública como una organización de índole privada, no oficial. Ahora sabemos que es el propio gobierno el que la impulsa, el que la estimula, el que la sostiene. Y eso no es un chisme ni un simple rumor: es nada menos que la palabra del Ejecutivo. De ahí, a conjeturar que es también el Ejecutivo el que brinda las armas a esos jóvenes, no hay más que un paso, y un paso por cierto bastante creíble. Frente a semejante confesión de parte, llama bastante la atención que el presidente de la Asamblea General, doctor Alberto Abdala, al recibir el gran paquete con las firmas reeleccionistas, haya expresado:

"Estáis hablando el lenguaje de la paz". Como bien dijo el bueno de Tácito en los primeros tiempos de la era cristiana: "Hacéis un desierto, y llamáis la paz".

Cuando digo que eso planteamiento es un error mayúsculo, no pienso en nuestro punto de vista (gracias a la declaración ministerial, quedan confirmadas las peores denuncias que viene efectuando la izquierda) sino, muy por el contrario, en el punto de vista gubernamental. La verdad es que, de ahora en adelante, el Ejecutivo podrá ser razonablemente señalado como el responsable de haber convertido la ciudadanía pública en un polvorín. ¿Qué puede esperarse de un gobierno que, por boca de uno de sus ministros, manifiesta sin embargo su apoyo a quienes vienen actuando como fuerzas de choque, como bandadas fascistas, en el ámbito de Secundaria?

Ahora bien, ¿es o no hay duda en error fáctico. Pero la otra pifia es mucho más grave, más profunda, porque significa (más o menos) que el Ejecutivo padece una desinformación tan integral acerca de lo que sucede en el país, que solo puede explicarse como una imprevisible consecuencia de la oscuridad que el mismo ha decretado. Me refiero a la invocación que hizo el señor ministro a la juventud uruguaya, con el fin de que ésta apoye sus esfuerzos, y los esfuerzos del superior gobierno, en rubros que no sepecificó concretamente (de haberlo hecho, quizá habría transgredido los términos del decreto-mordaza) pero que dejó entrever en claras entrellucas y en miradas significativas.

Sin embargo, el problema no está en la razón, o el pretexto, o el motivo, del apoyo invocado. El problema está en que la inmensa mayoría de los jóvenes rechazan de manera total cualquier tipo de colaboración o de acercamiento, con el gobierno y sus jefes. Hay que estar verdaderamente muy ajeno a lo que acontece en el país, para concebir que el gobierno del señor Pacheco pueda recibir el apoyo de otros jóvenes que no sean los de la JUP. Cualquier muchacho medianamente avisado puede comprobar a diario que la oligarquía, a través de la nunca desmentida complicitad de los partidos tradicionales, cierra todas las vías a su expresión, a su capacitación, a su voluntad de servir al país. ¿Cuánto hace que el go-

bierno viene estrangulando económicamente a la universidad, mientras gasta tremendas sumas en la adquisición de armas represivas que justamente se aplican en buena parte contra las huérfas estudiantiles? ¿Cuánto hace que la intervención en Secundaria viene sembrando el caos, la arbitrariedad y la delación? ¿Cómo puede ver esa juventud a un poder que destituye, suspende, sanciona, a aquellos profesores que asumen una actitud éticamente digna y que por lo tanto son los que mejor confiesan y mayor respeto merecen al estudiante? ¿Cómo puede confiar esa juventud en un poder que displicentemente la castiga y que en cambio hace la vista gorda frente a incesantísimos mecanismos de espionaje extranjero (opinando de la celda Eilauri) o ante las bocherosas maniobras y contramaniobras que han sacudido la estructura bancaria? ¿Qué muchachos van a acercarse a una plataforma gubernamental donde predominantemente los jóvenes nunca han tenido voz ni voto, y donde el estilo de conducción es tan anacrónico que en el siglo XVIII ya habría sido considerado como venusto?

Estos jóvenes de hoy pueden ser díscolos, impulsivos y hasta turbulentos. Pero no son ingenuos; tienen los ojos bien abiertos. Son muchachos que han aprendido su lección no sólo en las aulas sino también en las calles. Han visto sucumbir a Lifer Arce y a todos los muchachos que cayeron después. Han enfrentado grandes bombas de agua, armas de fuego. Estos jóvenes no leen a Julio Verne, a Edmundo de Améila, a Alejandro Dumas, ni siquiera (para tranquilidad del doctor Ruiz) Las memorias de una princesa rusa; estos jóvenes leen al Che Guevara, a Ho Chi Minh, a Juan XXIII, a Bertrand Russell. Física e intelectualmente están preparados unos, y se están preparando otros, no sólo para desconfiar de invocaciones como la del doctor de Brum, sino también para desalojar del poder, tarde o temprano, a la actual clase dominante. Y esa firme convicción no va a desaparecer porque un representante del Poder Ejecutivo dé puñe sobre la mesa frente a los canales de televisión. Para usar un término recientemente incorporado al léxico ministerial, yo diría que esa juventud está dispuesta a sortear más importantes valladares.

Viernes 21 de mayo de 1971

El ministro que dió el mal paso. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El ministro que dió el mal paso. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile